

Compras

Una lechuga, tres kilos... No, dos kilos de patatas. Plátanos. Cebollas. Esquivar al sol, esquivar al sol, esquivar al sol que en julio está insoportable, tanto odio, tanta rabia, tanto empeñarse en hacerle a uno como a los cigarros contra el cenicero cuando mueren. Una lechuga, tres kilos... No, dos de patatas. Los plátanos, las cebollas. Me olvido de algo. Me olvido de algo. Me olvido de algo.

La calle, a estas horas, marujas rugientes que miran con asco alrededor, porque ven a sus niños, a su paco (gordo, sudoroso y armado de periódico deportivo, que dirá exactamente diez palabras desde que llegue del tajo y se siente ante el plato hasta que se quede dormido), ven el tiempo correr entre programa y programa del corazón, ese corazón prestado, grande, feo y de escayola.

Me olvido de algo. Debería hacer una lista, la próxima vez. Siempre digo eso, y nunca lo hago. Siempre digo eso, y nunca lo hago. Siempre digo eso y nunca lo hago. Siempre hago lo mismo. Siempre, digo, eso, y... las palabras, las palabras, a mí antes me gustaban las palabras, me gustaba jugar con las palabras, me gustaba ponerlas vallas y trazarlas circuitos y verlas saltar obstáculos, ahí va el “Siempre”, corre detrás el “digo”, y el “eso”... y en la curva se adelantan, y queda “Eso siempre digo...”

Tal vez, tal vez, tal vez no haya esquivado bien al sol, tal vez crea que camino hasta los cojones de la compra con este puto calor de julio en Madrid, y en realidad esté sufriendo los desvaríos de la insolación y mi cuerpo inconsciente está camino de un hospital en una ambulancia que ulula como un búho y revolotea en busca de un accidente como el de la película de Magnolia, magnolia, qué palabra tan bonita. Bonita, que palabra tan tonta, tan simple, tan hermosa, qué apropiada, qué bien cuadran a veces las cosas. Bonita, bonita, bonita. Sólo faltaría que las cosas bonitas se denunciasen, se las apuntase con su palabra, y se dejase en paz a todas esas cosas feas (“feas”, qué palabra tan fea, en verdad) para que la palabra bonita volviese a brillar con ese brillo que a lo mejor algún día tuvo, que a lo mejor algún...

¿Perdón?

Sí, un momento (me cago en la puta de tu madre, ¿no hay más gente a la que preguntarle la hora, pedazo de gilipollas? ¿No ves que se me salen los brazos con las putas bolsas?), espera... las doce y media.

De nada.

¡Eh! ¡De nada!

¡¡¡DE NADA!!! Puto gilipollas, al menos podría darme las gracias. Por dónde iba... Ah, sí, el pan. Falta el pan.

Tic.

Tac.

Tic.

Tac.

Soy un reloj de pared, y mi vida es un coñazo.

Tic, tac. Ser reloj de pared no es lo peor que se puede ser, uno podría ser rayador de queso, que tiene una vida más alegre pero es perverso, pero es un coñazo. Tic, tac, ese péndulo, esa carga, hacia un lado, hacia el otro, hacia un lado... venga, ahora voy a echarlo hacia el otro... y ahora... a veeer... venga, ¡para el otro! Cuando lo haces unas cuantas veces pierde toda la gracia. Cuando lo haces demasiadas rezas por ser reemplazado por el reloj del video. Tic. Me suicidaría, pero ya me dirán cómo Tac un reloj de pared puede Tic suicidarse. Tac. Me averiaría, pero qué es la vida, sino Tic y Tac, y a lo mejor lo que pasa es que soy un hijoputa y me gusta condenar al mundo a mi Tic y a mi Tac, a esos pasitos cortos y aburridos que inevitablemente llevan a la muerte (y a las flores, y las mariposas, y el carbono libre y el seguir el juego, pero nadie piensa en eso, Tic, miopes, miopes, miopes existenciales, Tac... Tic).

Las nubes, en cambio. Puto calor. Las nubes son hermosas, se pintan de colores, se arrebuja las unas con las otras cuando hace frío (ahora, desde luego, no) y corren con el viento cuando hace calor, y son buenas y dan sombra y a veces traen lluvia y truenos, y tapan ese azul cruel del cielo, y seguro que cuando esconden de noche las estrellas las pobres lo hacen sin darse cuenta, porque están distraídas, mirando hacia arriba y diciéndose las unas a las otras los nombres de las estrellas.

El viento. El viento. I am the wind forever free... I am the wind forever free... qué canción más triste, la hostia, podría haber pensado otra...

Podría.

Pero no fue así: Eres (soy) un tipo triste, por eso te gustan las nubes, y odias el cielo azul cuando el cielo azul es todo lo que hay, y por eso te compadesces de los relojes y odias a la gente que necesita saber la hora, porque saben dónde van y conocen las circunstancias de tu viaje, pero a ti (a mí) qué más te da saber la hora, si no sabes ni qué eres.

Descartes fue el de pienso luego... Sí fue Descartes, ¿no?

Yo pienso luego existo, yo lloro luego existo, yo hago ganchillo luego existo, yo no hago nada pero existo, da igual lo que YO haga, si digo "yo" ya tengo que existir, maldito tramposo, Descartes.

¿Cuántos años hace que pensaste (que pensé) eso? Fácil. Diez. Toma ya. Diez. El abismo del tiempo se abre y aaaah, a buscar el fondo. Diez años, con todos sus tics y sus tacs, destilando el odio puro de los relojes, sus diez veranos con su sol enfurecido, diez inviernos, diez primaveras y mis diez otoños, mis diez otoños de hojas caídas volando y nubes grises y tristes meciéndose en el cielo, resbalando sobre las montañas, como aquella que te envolvió y te besó aquel otoño en la montaña, y sonreías como un bobo (como lo que eres, y qué orgulloso estabas de ello en momentos como aquel) y veías como la nube rebasaba con esfuerzo la ladera del monte y caía sobre ti, se

extendía a tu alrededor, pasaba besándote con su aliento fresco y verde y partía valle abajo a formar un mar que brillase para el sol amable del otoño tardío, del verano feliz y muerto.

Y yo aquí, y las nubes en sus senderos de viento, y tan seguras, tan orgullosas. Yo mirando un plano de metro, ¿dónde estoy, realmente? ¿Qué son, en verdad, todos esos puntos y esas rayas?

Soy una nube que se equivocó de cuerpo. Soy un reloj loco que quiere soñar que es una nube equivocada, y ni eso le sale bien, al pobre.

Al pobre, al pobre, al pobre... deja de quejarte, patán.

El 36... el 36... el fin de la República, el principio de la Guerra. Franco, Franco, traidor. El 36, tres por tres por dos por dos, cuatro por nueve, seis por seis. El treinta y seis, los números de la ruleta, los segundos que a veces tardo en despertar, los pasos de la escalera, si sólo subes hasta el peldaño treinta y seis.

El treinta y seis.

36, la mita del número que sumado a 1900 da el año en el que Deep Purple grabó el *Made in Japan*. 36...

¿37?

¡¡¡No, espere!!! ¡Yo soy el treinta y seis, aquí! (y el ticket manoseado y arrugado se levanta como estandarte de mierda, como excusa. Y las marujas me miran y me odian, por hacerlas perder diez segundos del precioso tiempo de su programa de sobremesa)

El 36 soy yo, y yo soy el treinta y seis. Un número en una lista de espera de una carnicería. Tanto buscar para terminar siendo esto.

David Ruiz, 20 de enero de 2003